

JJ BENÍTEZ

PACTOS  
Y SEÑALES

«CASI» UNAS MEMORIAS

PACTOS  
Y SEÑALES

«Casi» unas memorias

J. J. Benítez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© J. J. Benítez, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Recursos gráficos: Shutterstock

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Primera edición: febrero de 2015

Depósito legal: B. 970-2015

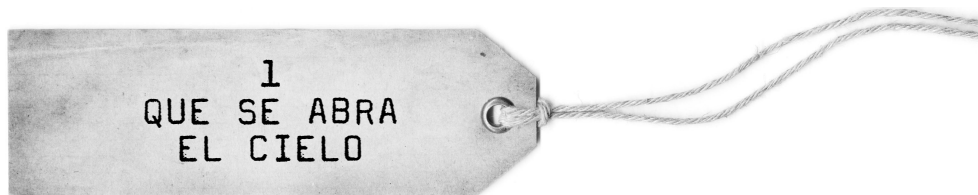
ISBN 978-84-08-13678-1

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**



**A**quel viernes, 25 de septiembre de 1992, se presentó lindo, con una visibilidad media de 12,2 kilómetros.

Respiré hondo.

Me sentía bien.

Y a las ocho de la mañana me dispuse a proseguir las investigaciones ovni, iniciadas días atrás.

Me encontraba en Murcia capital.

Mi intención era simple: viajar a Albacete y proseguir las pesquisas.

Pero, no sé cómo, me equivoqué de carretera. En lugar de circular hacia el norte me dirigí al este.

Cuando me di cuenta, como digo, rodaba en dirección a Alicante.

¿Qué había ocurrido?

Había hecho esta ruta infinidad de veces... En los años sesenta, incluso, trabajé en el diario *La Verdad*, de Murcia. Conocía la zona.

Pues no. El Destino tenía otros planes...

Traté de encontrar una salida y recuperar el rumbo correcto. La fuerza que siempre me acompaña no lo permitió...

Poco después alcanzaba la ciudad de Alicante. Por más vueltas que le di en la cabeza no lo entendí. Como decía mi tío Juliana, soy torpísimo...

Me resigné y modifiqué los planes. En Alicante también había asuntos que resolver.

Según consta en el correspondiente cuaderno de campo, a

eso de las 10 horas y 20 minutos entraba en el Archivo de la ciudad, en la calle Labradores. Consultaría una serie de periódicos locales.

A lo largo de esa mañana hice algunos cálculos, consulté el mapa de carreteras, y tomé la decisión de viajar a Cuenca. Allí trataría de localizar a un viejo amigo: Ángel Díaz Cuéllar, destacado testigo en el célebre caso «Manises».<sup>1</sup> Pasaría la tarde en su casa, en Campillo de Altobuey, en la referida provincia española de Cuenca. Después, ya veríamos...

Y a las 13 horas puse rumbo a Cuenca.

Me detuve en Motilla del Palancar, a escasos kilómetros del pueblo de mi amigo.

Eran las 15 horas. Llamé a casa y Blanca me dio la noticia: su padre, Ezequiel Rodríguez, había muerto esa mañana, hacia las ocho. Llevaba un mes en coma.

Mi relación con él no fue intensa, pero lo apreciaba. Era un hombre callado y observador.

Modifiqué de nuevo los planes. Tenía que regresar a Bilbao. Marcharía hacia Tarancón y, desde allí, a la carretera N-I. Pero el Destino estaba atentísimo y volví a perderme...

Primero en Guadalajara y, después, en Alcalá de Henares. Lo sé. No tengo arreglo.

Cuando, al fin, hallé la comarcal que debía desembocar en la N-I, el cielo se encapotó.

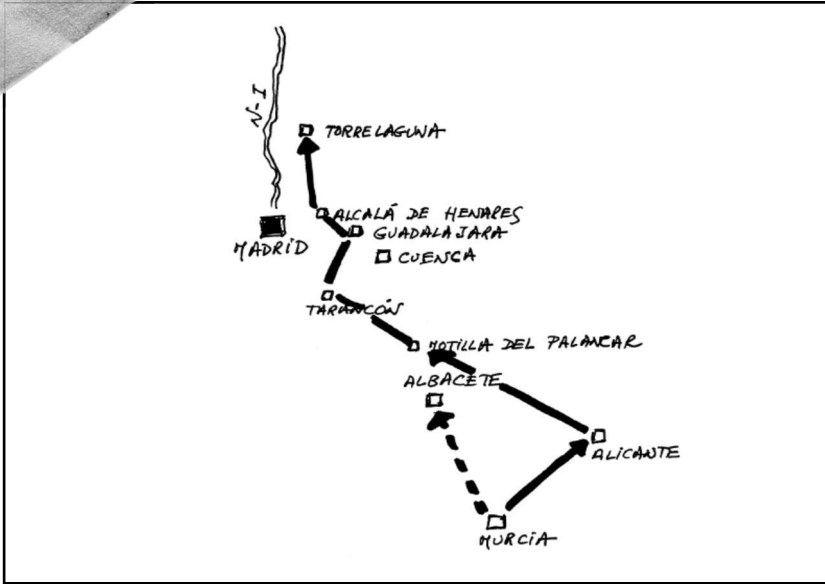
Eran las 19 horas.

El cielo, negro como los teléfonos de antes, me miró, amenazador. Eran nubes bajas y reñidas entre ellas. Durante un rato pensé en lo extraño de aquel nuberío.

En Murcia, Alicante y Cuenca, el tiempo había sido espléndido, con más de diez kilómetros de visibilidad en todo el recorrido. Me encogí de hombros y proseguí, atento a la carretera.

Y digo yo que fue en las proximidades de Torrelaguna, al

1. El 11 de noviembre de 1979, un avión de pasajeros se vio abordado por un enorme objeto no identificado. El Super-Caravelle, de la compañía TAE, volaba de Baleares a Canarias. El comandante —Javier Lerdo de Tejada— optó por no correr riesgos y aterrizó en Manises (Valencia). Uno de los testigos, en tierra, fue Ángel Díaz Cuéllar. Amplia información en *Incidente en Manises* (1980).



**Itinerario seguido por J. J. Benítez el 25 de septiembre de 1992.**

norte de Madrid, cuando me asaltó aquella duda. Traté de espantarla. No fue posible. Allí se instaló, obstinada como el número:

«¿Está vivo Ezequiel?».

¡Qué tonterías pensaba! El padre de Blanca estaba muertísimo.

«Pero ¿y si estuviera vivo?»

«Eso no es posible —argumenté—. La muerte es el final.»

Y la duda se hizo más que molesta.

Finalmente acepté algo que, en un primer momento, se me antojó ridículo.

¿Y por qué no?

Solicitaría una señal.

«Si estás vivo —me dije—, házmelo saber.»

Quedé perplejo.

¿Cómo era posible que mi mente —logiquísima— aceptara aquel juego?

Observé el cielo. La tormenta parecía inminente. Debía tener cuidado.



**Ezequiel, padre de Blanca, me proporcionó la señal que había solicitado.**

Y la idea siguió girando y girando...

«¿Y qué señal solicito?»

Las nubes casi tocaban el parabrisas.

Entonces recibí aquella idea:

«Si estás vivo —planteé—, no importa dónde, que se abra el cielo».

Y añadí:

«Ahora».

Miré a lo alto, como un perfecto idiota. Las nubes no oían mis pensamientos. ¿O sí?

Consulté el reloj.

Eran las 19 horas y 20 minutos.

Hice cálculos.



**«Que se abra el cielo..., ahora.» Y se abrió. (Foto: J. J. Benítez.)**



Con suerte, y alguna que otra parada, estaría en casa en unas cinco horas. Eso era lo importante.

Pues no. Eso no era lo importante...

Y, de pronto, las nubes se abrieron... Y surgió un cañón de luz.

El corazón me dio un vuelco.

Detuve el coche, eché mano de la cámara fotográfica y salí del vehículo.

Estaba desconcertado...

Sólo tuve tiempo de hacer una foto.

Al instante, como por arte de magia, los cielos se cerraron. Y todo fue negrura, nuevamente. Negrura allí afuera, que no en mi corazón...

Cuando quise darme cuenta, la lluvia me acariciaba, conmovida.

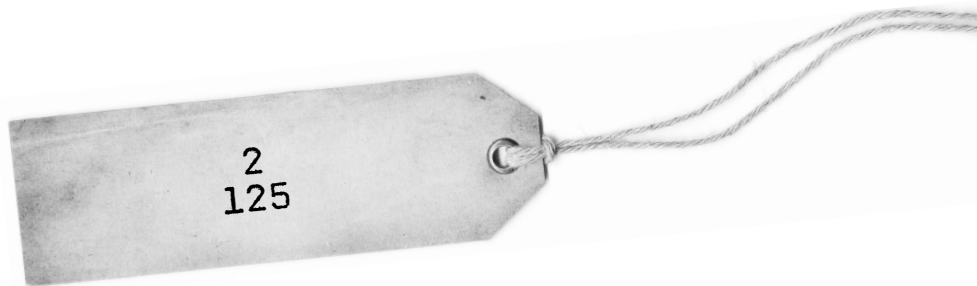
«Pobre investigador...»

Llegué a casa cansado y aturdido.

¡Ezequiel estaba vivo!

Después caí en la cuenta: de no haber sido por las tres equivocaciones en las carreteras, yo no me habría encontrado a las 19.20 en el lugar adecuado.





**P**aqui S. Roque también ha recibido señales, como casi todo el mundo...

Paqui vive en Madrid.

Dos de esas señales llegaron tras la muerte de su padre.

He aquí, en síntesis, la primera:

Las personas que han perdido a su padre me entenderán... Yo lo simbolizo con el dibujo del árbol genealógico. Está el tronco, con sus raíces, fuertemente anclado al suelo. En ese tronco veo a mi padre y a mi madre... Al fallecer mi padre es como si un leñador hubiese dado un fuerte hachazo; tan fuerte que hace tambalear el árbol. El tronco se inclina hacia un lado. Y con ese golpe, las ramas, nosotros, sus cinco hijos, se golpean sin querer... Eso fue lo que sucedió.

El día que falleció (25 de febrero de 2002), mi padre se arregló como todas las mañanas. Pensaba salir para hacer la compra, en compañía de mi madre... Cuando se levantó hizo el siguiente comentario: «Estoy cansado... He soñado que corría mucho... Y no sé por qué...». Cuando mi madre se estaba maquillando entró al baño y le dijo: «Qué guapa estás hoy... Voy bajando. Te espero abajo y voy tirando la basura».

Se sintió mal antes de llegar a los contenedores de la basura. Se sentó en un banco y falleció.

Los hijos nos encerramos en un mutismo difícil de entender... Y pasó el tiempo... Nos dedicábamos a consolar a nuestra madre, cada uno por su lado... Parecía que nos tuviéramos

mos que perdonar algo... Tras la muerte de mi padre se levantó un muro entre los hermanos. Todo eran reproches y enfados..., absurdos.

Y cansada de tanta incoherencia decidí hablarle a mi padre. Fue una petición... Solicité una señal... Pedí que me guiara... Pregunté qué sucedía con mis hermanos... ¿Por qué se había ido de esa forma?... No pudimos despedirnos de él...

Y esperé.

La respuesta llegó al poco, y en sueños... Yo, en el sueño, siempre estaba haciendo algo... Mi padre aparecía a mi lado... Me miraba y sonreía, pero no decía nada... Yo preguntaba, pero sólo oía música... Siempre la misma música... Cuando despertaba no lograba recordar qué música era la que sonaba en el sueño...

Yo sabía que mi padre quería decirme algo, pero no daba con la clave.



**Francisco S. Gil, padre de Paqui.  
(Gentileza de la familia.)**

Y los sueños se repitieron. Siempre igual, siempre la misma música.

Entonces le pregunté: «¿Qué quiere decir la música?».

Y esperé, una vez más.

Tuve otro sueño... Llegué a una sala muy rara... Carecía de paredes... El «suelo» era gris plomizo... Era como estar en el aire... Y allí, en el centro de la «sala», se hallaba mi padre... Estaba sentado en un sillón... Frente a él había otro sillón, cerca, pero lo suficientemente retirado como para no poder tocarle... Nerviosa, y con muchas ganas de abrazarle, supe que debía sentarme en el segundo sillón... Y, de pronto, sonó esa música, la de siempre... Miré hacia arriba, buscando el origen, pero, como te digo, no había techo ni paredes... Era como estar en mitad de no se sabe dónde... Contemplé a mi padre... Sonreía... Y pregunté: «¿Qué quiere decir esa música?... No entiendo... Dime algo, por favor».

Él sólo sonreía, dulcemente. Sentí que me acariciaba con la mirada. Experimenté paz y tranquilidad... Y reconocí la música...

Entonces oí un zumbido y «caí» (?) en la cama... Me desperté bruscamente. En mi mente seguía sonando aquella música...

Me levanté, nerviosa, y fui a la torre de los cedés... «Tiene que estar aquí —me decía—. Lo sé...» Pero, en realidad, no sabía qué estaba buscando...

Nada, no daba con la dichosa música.

Mi marido se levantó y preguntó, asombrado: «¿Qué haces?».

Yo me hallaba en el suelo, rodeada de cedés.

Conté lo sucedido y pidió que tarareara la música.

Lo hice, pero no le sonaba.

Al poco entró en el salón nuestra hija Ariadna. Escuchó lo que tarareaba y exclamó: «Esa canción es de la película de *El rey león*».

¿De *El rey león*?

Busqué el cedé. Allí estaba... ¿Cómo era posible? Mi padre nunca veía esas películas de Disney... Me entró la risa...

La letra de la canción me dejó de piedra. Era la respuesta a mi petición... «El círculo de la vida», así se titula...

La canción, de Elton John, dice, entre otras cosas: «Algunos se quedan por el camino y algunos de nosotros remontamos hacia las estrellas... Hay demasiadas cosas para comprender...».

Mi padre se fue hacia las estrellas. Es el círculo de la vida. No debemos preocuparnos.

Ni que decir tiene que llamé a mis hermanos y quedamos en charlar y solucionar nuestras diferencias.

Aquellos sueños no volvieron a repetirse.



Pero las señales continuaron.

El 29 de agosto de 2011 me reuní con Paqui y con su familia. Blanca y Rosa Paraíso fueron testigos de la conversación.

Y Paqui procedió a contar otra experiencia singular:

La situación, en mi familia, no mejoró... A partir de la muerte de mi padre, mi madre no levantó cabeza... Sufría del corazón... Entonces contaba ochenta años de edad... En noviembre de 2010 la llevé a vivir a mi casa. Tres meses después tuvimos que ingresarla de nuevo... Me sentía muy cansada... Y llegó el 6 de marzo de 2011... Estaba tan agotada que pedí a mis hermanos que se ocuparan de ella durante ese día... Necesitaba descansar... Y salimos fuera de Madrid... Disfrutamos mucho... De regreso, Jara, mi hija, quiso jugar con la nieve y nos dirigimos a la Pinilla. Hicimos un alto en el camino, para ver Ayllón, en Segovia... Allí hicimos fotos y volví a solicitar una señal...

—Papá —le dije a mi padre, fallecido nueve años antes—, no sé qué pasa con esta familia.

Mis hermanos se resistían a ver a nuestra madre. Yo le daba todo el cariño posible, pero ellos se lo tomaban a mal. Supongo que malinterpretaron mis besos y mis abrazos...

—Papá —insistí—, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo soluciono el distanciamiento de mis hermanos?... Dame una señal.

De vuelta al coche tomé la cámara de fotos y me puse a

repasar las imágenes que habíamos tomado durante el día. ¡Había doscientas fotografías!

De pronto, una de ellas me llamó la atención. Se veía el cielo, las nubes y, en la esquina inferior izquierda, un número. Amplié la imagen... No había duda... Y comenté: «Hay un «125» en el cielo».

Al llegar a casa lo confirmamos. ¡Era un «125»! Y supe que era la respuesta —la señal— de mi padre...

Pero Paqui no terminaba de entender el significado del «125» y me entregó una copia de la imagen.



**Imagen tomada el 6 de marzo de 2011 en Maderuelo. En el recuadro inferior, el «125», ampliado.**

Analizamos la fotografía. No había fraude.

En cuanto al número, sinceramente, quedé desconcertado.

En Kábala,<sup>1</sup> «125» equivale a «acuerdo o convenio». A su vez, el referido número puede descomponerse en «100», «20» y «5». Pues bien, siempre desde el punto de vista kabalístico, «100» = «a vosotras, para vosotras» y también equivale a los conceptos «riña, querella y disputa».

«20», por su parte, entre otras opciones, equivale a «fraternidad, declaración, gozo, profetizar y mano abierta».

El «5» tiene el mismo valor que «nube» y «espíritu».

Con estas equivalencias, y conociendo el problema familiar, la construcción del «mensaje», contenido en «125», no fue difícil. Una de las interpretaciones fue ésta: «Para vosotras (las hermanas), que estáis en disputa, declaro (profetizo) fraternidad y júbilo, y lo hago desde el espíritu, desde la nube».

Paqui confesó que, en efecto, hubo acuerdo o convenio entre los hermanos. Y sucedió tras la aparición de la misteriosa foto. Acudieron a un notario y uno de los hermanos se hizo cargo de la madre. A cambio recibió la casa.

Sencillamente asombroso...



1. La Kábala, del hebreo *qabbalah* (interpretación mística de los textos bíblicos), es el yoga de las neuronas, en feliz definición de Dion Fortune. Para algunos especialistas fueron Yavé y su «equipo» quienes instruyeron a Moisés en el misterio kabalístico. Uno de los capítulos más apasionantes es la «guematria» o tratamiento de las letras hebreas por su valor numérico. En suma, al igual que otros fascinantes capítulos —como la «temurá» y el «notarikón»— la guematria es una palanca para mover el subconsciente y animarlo en la búsqueda de la experiencia mística. Existen numerosos textos de iniciación a la Kábala. El lector interesado debe recordar que, para empezar a estudiarla, tiene que contar con un mínimo de cuarenta años...